

El cuerpo como símbolo de violencia y monstruosidad en “Sacrificios humanos” de María Fernanda Ampuero

The body as a symbol of violence and monstrosity in Sacrificios humanos, by María Fernanda Ampuero

Oswaldo Sebastián Ávila-Vinueza 

¹ Universidad Bolivariana del Ecuador. Km 5 ½ vía Durán Yaguachi, Ecuador.

Correspondencia: avilavinueza@gmail.com

Recepción: 3 de mayo de 2024 - **Aceptación:** 10 de junio de 2024 -
Publicación: 12 de junio de 2024

RESUMEN

Este ensayo se sumerge en la ficción literaria de “Sacrificios humanos” de la autora ecuatoriana María Fernanda Ampuero, explorando el impacto de la violencia, el dolor y la monstruosidad en sus protagonistas, sobre todo femeninas. El propósito es analizar las características que acrecientan los prejuicios que envuelven a las protagonistas, desentrañando la complejidad narrativa de Ampuero, lo cual nos permite, además, abordar el tratamiento del cuerpo en la obra de la autora. Para alcanzar este objetivo, el presente estudio realiza un inventario de la concepción del cuerpo femenino desde la filosofía occidental a través de autores como Platón, Baruch Spinoza, Friedrich Nietzsche y Jean-Luc Nancy. Con este marco teórico, se procede a analizar los relatos que componen el libro de Ampuero para comprender cómo, a través de la denuncia y la poética personalísima, la autora da cuenta de la ciudad en sí misma como una promesa fallida de la modernidad.

Palabras clave: complejidad, narrativa ecuatoriana, monstruosidad, violencia, cuerpo, modernidad.

ABSTRACT

This essay dives into the literary fiction of “Sacrificios humanos” by Ecuadorian author María Fernanda Ampuero, exploring the impact of violence, pain and monstrosity on her protagonists, especially the female ones. The purpose is to analyze the characteristics that increase the prejudices that surround the protagonists, unraveling the narrative complexity of Ampuero, which also allows us to address the treatment of the body in the author's work. To achieve this objective, this study makes an inventory of the conception of the female body from Western philosophy through authors such as Plato, Baruch Spinoza, Friedrich Nietzsche and Jean-Luc Nancy. With this theoretical framework, we proceed to analyze the stories that make up Ampuero's book in order to understand how, through denunciation and very personal poetics, the author gives an account of the city itself as a failed promise of modernity.

Keywords: complexity, Ecuadorian narrative, monstrosity, violence, body, modernity.

INTRODUCCIÓN

Para analizar los relatos del libro de Ampuero (1976), “Sacrificios humanos”, editado por Páginas de Espuma en 2021, nada mejor que retomar la sentencia de Aníbal Fernando Bonilla (2022): “Es un compendio autoficcional cuestionador del sistema dominante, con pasajes de la historia oprimida del Guayaquil profundo, o, a su vez, con sucesos hiperbólicos, brutales, vehementes, engendrados en cualquier otro ambiente geográfico”. El autor tiene razón cuando afirma que en “Sacrificios humanos” se conjugan, por un lado, la realidad macro (ambiente geográfico) y, por otro, la realidad individual de la autora (compendio autoficcional) y la problemática relación con su padre. Relación que, de alguna manera, permite arrojar una luz sobre la tenebrosa representación masculina que ama y mata; esto es, un amor enfermizo deforma y, solo entonces, mata. Pero no es ese el objetivo del presente estudio, pese a que es una temática que, inevitablemente, atraviesa de forma transversal. Nuestro foco de atención es el cuerpo como símbolo de la violencia y la monstruosidad.

En ese sentido, es importante decir que, aunque al inicio se planteó el estudio del cuerpo como metáfora en vez de símbolo, se terminó por descartarlo. Esto se debe a que la metáfora es una figura retórica que pretende representar una determinada realidad a través de otra, mientras que la narrativa de Ampuero en “Sacrificios humanos” no metaforiza la realidad, sino que la representa para mostrarla sin maquillaje alguno. Que para hacerlo emplee la metáfora y demás recursos literarios es muy distinto. Sobre todo, porque “no bastan los eufemismos ni las metáforas, pues en los cuentos de Ampuero todo es desconcielo y se enuncia a partir de las heridas más purulentas” (Rodríguez, 2021).

En pocas palabras, la violencia en estos relatos de Ampuero se presenta desnuda, exponiendo a la luz del mediodía las prácticas de una sociedad machista, xenófoba y misógina; violenta en sus condiciones de vida y en sus respuestas hacia ella. Esto permite, narrativamente, que el cuerpo mutilado, golpeado y, en el mejor de los casos (sí, suena triste decirlo así), lastimado, se convierta en un símbolo de una suerte de revolución interna que sus personajes femeninos muchas veces no logran llevar a cabo, pero que, cuando así sucede, solo es posible a través de la violencia misma.

De modo que el cuerpo atrapado irremediablemente en un ciclo vicioso de destrucción valida la siguiente frase de otra escritora ecuatoriana, Mónica Ojeda: “...nunca nuestro cuerpo es más nuestro que cuando nos duele” (2016, pág. 81). Y como el acto sexual al terminar también es una pequeña muerte, Ampuero bien puede contestar: “Era ese nombre que su amante decía durante el éxtasis y que la penetraba por todos lados. Era esa mujer que se llamaba Edith y por lo tanto existía” (2021, pág. 78). Por lo tanto, este estudio posee una base metodológica cualitativa al centrarse en el análisis de los relatos “Sacrificios humanos” de María Fernanda Ampuero para articular el cuerpo como símbolo de la violencia y la monstruosidad. Según Lourdes y Munch (2014), aunque el método cualitativo se aplica por lo general en ciencias sociales, debido a que su objetivo es la captación y recopilación de información mediante la observación, la

entrevista y el *focus group*, su procedimiento es inductivo, de modo que la metodología para recopilar información suele ser más flexible. Por último, hay que señalar que la investigación tiene carácter descriptivo, al exponer las características de una situación o un fenómeno.

El tópico “cuerpo” para Ampuero emerge a través de dos ejes: el placer y el dolor, aunque por lo general el segundo se sobrepone al primero. De ahí que la dimensión simbólica del cuerpo se convierta en una paradoja: el cuerpo se revela como propio en su totalidad cuando experimentamos dolor, por lo que poseerlo es comprender que existimos más allá del padecimiento físico. Sin embargo, por desgracia, lo contrario al dolor [los momentos de felicidad] pasa en la más absoluta inconsciencia. Esto se debe a que la felicidad es temporal y pasa desapercibida; más bien, es el dolor el que provoca que nos demos cuenta de lo efímera que es la felicidad.

El relato “Edith” es la mejor representación del cuerpo atrapado en el dolor y liberado a través del placer. Cuando la protagonista homónima es asesinada, su sangre regresa hacia el lugar donde vive su amante, a quien confunde con Dios por su habilidad sobrehumana para hacerle el amor. Esta es una clara alusión bíblica al pasaje de Sodoma y Gomorra, capitalizado por Lot, el temeroso de Yahvé, y su “desobediente” esposa Sara¹.

La monstruosidad también va de la mano con la apariencia física encarnada en seres teratológicos que protagonizan o coprotagonizan los relatos de Ampuero y que, por tanto, al no cumplir con los cánones estéticos, son marginados por su entorno: un yonqui cuasi esquizofrénico, una niña jorobada, un niño con retraso que ama a las sanguijuelas, adolescentes bulímicas o con sobrepeso.

Asimismo, la monstruosidad se presenta en una segunda forma por medio de personajes masculinos físicamente atractivos, pero cuya personalidad acaba convirtiéndolos en criaturas demoníacas, cumpliendo una premonitory frase de Tomás Eloy Martínez: “¿No es acaso lo bello sino el comienzo de lo terrible?” (1995). Y como si la práctica consuetudinaria del Mal en mayúsculas estuviera incrustada en lo más profundo de su alma o de su esencia, el cuerpo masculino se corroe y termina, como en el caso del gringo del cuento “Lorena”, trasunto del esposo violador de Lorena Gallo, transformándose en un despojo humano. El Mal en mayúsculas, parece decir Ampuero, se cristaliza detrás de la máscara de las buenas costumbres o de las promesas de amor, porque detrás de ellas están personas y, por eso mismo, la quintaesencia de todo lo abyecto que puede exhibir el mundo de los seres humanos.

Finalmente, la tercera forma que alcanza la monstruosidad se encuentra en la naturaleza y en la brutalidad cotidiana que es su propia ley. Pero esta característica es más un asunto atmosférico que una exploración de la autora, por lo que incluso los animales domésticos de apariencia afable y tierna a simple vista, de pronto pueden arrancarle dos dedos de la mano derecha a una bebé. En definitiva, en el mundo de “Sacrificios humanos” no existe un refugio posible porque el Mal no está en los otros, sino adentro de nosotros, y solo hace falta que un día el azar se llene con “el rayo blanco del terror” para que cualquiera se encuentre chapoteando entre las aguas de la histeria individual y colectiva.

MARCO TEÓRICO

Conceptos en torno al cuerpo

Las concepciones aquí vertidas en torno al concepto cuerpo, derivan de un extenso recorrido a lo largo de la filosofía occidental, lo cual nos ha permitido comprender el tratamiento que da a este concepto a lo largo de su narrativa.

Definición de cuerpo

Si se revisa el Diccionario de la Real Academia de la Lengua (RAE, 2014), nos encontramos con al menos veinte y tres acepciones del concepto “cuerpo”:

Cuerpo, (Del lat. *corpus*), m 1. Aquello que tiene extensión limitada, perceptible por los sentidos.

||23. Mil. Conjunto de soldados con sus respectivos oficiales.

En todas las definiciones revisadas encontramos una constante en la definición: *el cuerpo tiene un límite y como límite debe imponer sus fronteras*, las que son buscadas afanosamente por las mujeres de “Sacrificios humanos”: que no se las toque sin su consentimiento, que no se las golpee, que no se las mate. A partir de lo expuesto, y de las vivencias descritas por Ampuero proponemos una definición de cuerpo: Componente humano o animal, o perteneciente a la naturaleza, cuya existencia es objetiva y su extensión limitada. Por supuesto, sus límites responden a cómo está estructurada la legalidad de las sociedades humanas. Un cuerpo no puede, no debe dañar al otro, pero constantemente sucede. El cuerpo es una presencia, una prueba de que el ser existe.

El cuerpo como concepto filosófico

Planteada la definición general, es hora de abordarlo desde las concepciones del cuerpo y de la corporalidad según algunos filósofos occidentales como Platón, Baruch Spinoza, Friedrich Nietzsche y Jean-Luc Nancy. Pero antes, proponemos un concepto que creemos engloba a todos: “Es en el cuerpo donde la existencia humana adquiere una dimensión espacio-temporal, y es éste el que hace al ser humano parte activa de la naturaleza y del proceso de la vida” (Gómez y Sastre, 2008, p. 120).

En el mundo antiguo, el término “soma” hace alusión al cadáver y no directamente al cuerpo como contraparte del alma, por lo que “el cuerpo no se concibe como una 'unidad de partes armónicas', sino como una yuxtaposición de órganos y elementos separados” (Gómez y Sastre, 2008, p. 121). Por su parte, Aristóteles cree que el alma es una “entelequia” primera de un cuerpo que tiene vida en potencia; que ese principio de movimiento unifica la vida en su totalidad, incluyendo la sensibilidad y el entendimiento. “El alma no puede ser sin el cuerpo ya que es el cuerpo la forma del alma. Así, el alma no es una entidad separada del cuerpo: el alma es 'natural' y es inseparable del compuesto animado de los seres vivos” (Páramo, 2012, p. 563).

Mientras Aristóteles sostenía que el alma no podía subsistir sin un cuerpo, Platón, en cambio, planteaba un dualismo entre cuerpo y alma tan radical en su concepción

¹ Pasaje bíblico al que se hace alusión es la historia de Lot y su esposa en el libro del Génesis, capítulo 19, donde Lot y su familia son advertidos de no
<https://doi.org/10.5281/zenodo.12212549>

mirar atrás mientras huyen de Sodoma y Gomorra, pero su esposa desobedece y se convierte en una estatua de sal.

que creía que no podríamos obtener una verdad sino deshaciéndonos del cuerpo, al que calificaba como la prisión del alma. Esto se debía a que concebía el cuerpo como culpable de las pasiones, lo cual atraía guerras, enfermedades y descomposición. Este pensamiento fue seminal para la cosmovisión cristiana que dividía entre el paraíso de Dios y sus arcángeles, y la tierra con sus hombres y mujeres pecaminosos.

Con el tiempo, la idea de Platón sobre el cuerpo como cárcel del alma fue recogida por un importante pensador cristiano, Plotino, quien al ver en el alma una sustancia etérea, argumentaba que debía estar separada del cuerpo o, mejor aún, servirse de este. De tal planteamiento vino la necesidad del castigo autoinfligido para alcanzar la liberación del mundo terrenal. La tortura y la mortificación se convirtieron en una tradición cristiana que ha tendido, desde entonces, a frenar los deseos impuros, a contemplar con repudio la masturbación y el sexo en general, catalogándolo como el “pecado original”, lo que en consecuencia hace que todo cuerpo sea impuro.

El cuerpo, además de ser cárcel “atrapante”, consistía también en ser una especie de “animal” que, con sus propios bríos y tendencias instintivas, hacía la guerra a los ideales y valores del alma, dificultando así su proceso dialéctico de liberación hacia la verdad y el bien. Por su origen material, el cuerpo era considerado constitutivamente malo y adverso al origen sano y espiritual del alma, que procedía del mundo de las ideas (Astacio, 2001, p. 1).

La implantación de la cosmovisión cristiana con sus rígidas jerarquías patriarcales relega a la mujer a las tareas domésticas: cocinar y cuidar a los hijos, además de frenar la libido humana. No solo el cuerpo, sino el sexo encarnado en la mujer, a causa de la heterosexualidad implacablemente impuesta por la convencional unidad familiar cristiana, acaban siendo rechazados con profundo desprecio por la masa evangelizada. Todo deseo que no radique en encontrar la comunión con Dios se ha convertido, irremediablemente, en un deseo vergonzoso.

Sin embargo, el Renacimiento trastoca el teocentrismo en antropocentrismo, tiempo en el que el hombre se coloca en el centro de la creación y reivindica su cuerpo y lo corpóreo, manifestándose sobre todo en el arte: pintura, escultura, música y literatura. De hecho, la naciente anatomía, que fisura los cuerpos para mostrarle al ser humano que posee un componente inalienable llamado cuerpo, a la vez lo lanza a moldear lo que antes solo era el feudo privado de Dios: la naturaleza. El único problema es que la idea de individuación progresa lentamente porque primero pasa por las capas privilegiadas de la sociedad, sin olvidar que antes de objetivarse en el imaginario social debe ser una práctica universal (Gómez y Sastre, 2008, p. 125).

Cuando aparece el racionalismo cartesiano de la mano de René Descartes y su ensayo “El discurso del método”, el cuerpo se separa de la conciencia, la razón del mundo material. Descartes divorcia ambas entidades, creyendo que, aunque son sustancias diferentes, pueden interactuar entre sí. Pero los filósofos empiristas ingleses, en oposición a la visión cartesiana para la que el cuerpo es una entidad que piensa, afirman que el cuerpo es una entidad que siente y que de ese proceso es posible el conocimiento. Sin embargo, es Baruch de Spinoza quien propone “una sola sustancia para todos los atributos”, llevando a cabo una operación intelectual mucho más sutil y profunda: el alma no es una dependencia del

cuerpo y, más aún, “un atributo del cuerpo es también un sentido del alma” (Gómez y Sastre, 2008, p. 126).

Pero es el alemán Friedrich Nietzsche quien señala al cristianismo y a sus valores a través de una denuncia furibunda contra Platón y su sistema de pensamiento, que tanta influencia ha tenido en Occidente. Nietzsche no desvaloriza su aporte, sino que indaga las consecuencias que ha tenido para la humanidad. Después, el filósofo alemán escribirá: “Escribe con sangre y escribirás con el espíritu” (Nietzsche, 2010). Una forma de decir que no solo el cuerpo pertenece al ser humano, sino que, además, el alma es su efluvio.

Más adelante, la fenomenología y el existencialismo asumen en conjunto la temática de la existencia, cuyos conceptos: el cuerpo, la corporalidad, la libertad, se sobreponen a versiones meramente trascendentales y ontológicas. En resumen, la vida se experimenta a través del cuerpo y de todos sus sentidos. Al respecto, Gómez y Sastre (2008) sintetizan los presupuestos que pensadores como Merleau-Ponty, Emmanuel Mounier y Michel Foucault. Se concibe el cuerpo como un límite, convirtiéndose en un medio de acercamiento a la fragilidad, y un medio para una nueva comprensión de la concepción del mundo. Se articula el cuerpo en torno al tiempo y al espacio, pero a la vez el ser corpóreo puede trascenderlos por medio de su autocomprensión y comprensión del entorno. Queda, entonces, anquilosada la idea de que el cuerpo es un instrumento; para ser tal, este debe estar fuera de nuestro alcance, lo que no sucede con el cuerpo, ya que gracias a este se alcanza el conocimiento del mundo. Más bien, se evoca al cuerpo como lenguaje, ya que por medio de la palabra realizamos una “co-construcción” del mundo; se configura la idea del cuerpo como presencia, por su relación con los “otros”, porque la individualidad varía entre hombres y mujeres a causa de su corporeidad, pero no por ello dejan de pertenecer al género humano (Gómez y Sastre, 2008, pp. 127-128).

Finalmente, Jean-Luc Nancy (1940) y su filosofía sobre el cuerpo sostienen que carecemos de cuerpo, pues el ser humano es exterioridad y exposición infinita, “como cuerpo volcado hacia fuera”. La reflexión va más allá de la biología, implica dejar de pensar el cuerpo como algo organizado para imaginarlo como acontecimiento, concepción que se relaciona con la visión de las escritoras ecuatorianas contemporáneas, quienes buscan escribir sobre el cuerpo a través de la palabra: volver el cuerpo una idea; volver territorio individual la corporalidad para comprender lo otro, lo distinto, aquello que hasta ahora ha sido incomprendido. “Escribir el cuerpo significa hacer inscripciones sobre él, tocarlo y esculpirlo con el pensamiento, desarrollar una somatografía, para hacer que el cuerpo mismo sea leído” (Gómez y Sastre, 2008, p. 129).

Por supuesto, todas las interpretaciones que nos han convidado los pensadores occidentales presentan, en común, una interrogante que gira en torno al rol que tiene el cuerpo en la existencia del ser humano, e incluso si se atiene al hecho de que si, acaso, el cuerpo es un elemento indispensable para comprender la naturaleza humana. «El cuerpo es a la vez objeto de saber y blanco de poder» (Prósperi, 2018, p. 171). Desde esta concepción, el ser humano va (de)formando el mundo.

“Sacrificios humanos”: el cuerpo visto desde la violencia y la monstruosidad.

«Escribir es también bendecir una vida que no ha sido bendecida», reza una frase de la célebre escritora ucraniana-brasileña Clarice Lispector, citada a manera de epígrafe en “Sacrificios humanos”. Y, por supuesto, asentar un epígrafe es un arte. El escritor ecuatoriano Leonardo Valencia (2021) avizoró que hacía falta un ensayo sobre el tópico del epígrafe. Ahora bien la función de un epígrafe es fungir como guía del escritor, a lo largo de su exploración literaria, casi como lo hace Virgilio con Dante, porque si bien el epígrafe es una suerte de premonición para que se cumpla el contexto, no basta un epígrafe de Homero o de Borges o de Faulkner, sino del talento del escritor, en vista de que tanto el libro como el epígrafe deben repetir “una sola pregunta” (Carrión, 2002, p. 12) y formularla a lo largo de la escritura de ese libro. Sin embargo, es necesario que el lector pueda discernir claramente el propósito del epígrafe en relación con el contenido del libro. De modo que el epígrafe elegido, sólo cuando el libro termina, se habrá convertido, o no, en aparte orgánica de la lectura. Si la novela es buena, un epígrafe de Borges pasa de cierta forma a ser de autoría del escritor, fundiéndose en la esencia misma de la obra y contribuyendo a enriquecer su significado, convirtiéndose en una parte inseparable de la experiencia de la lectura

Dentro de este marco, el epígrafe con el que inicia el libro Ampuero es doblemente significativo y tiene relación directa con los dos ejes narrativos de sus relatos: la violencia y la monstruosidad. Primero porque «la vida que no ha sido bendecida» tiene que ver con los cuerpos rotos de las mujeres violadas, asesinadas y que han sufrido abusos varios, a causa de una situación económica paupérrima y por la falta de oportunidades que, en conjunto con los imaginarios machistas venidos de la religión, de la política, de la orientación sexual, conforman un fallido tejido social. Y, a través de la representación de esos cuerpos rotos, la realidad real resulta un *monstruo escupidor* de mujeres.

El segundo significado que alcanza el epígrafe de Lispector es que, al visibilizar estas realidades descarnadas e injustas, por mucho tiempo sumidas al mutismo más desvergonzado. En este contexto, la belleza de un libro no reside únicamente en su estética, sino en su capacidad de revelar estas verdades ocultas. Esto sugiere una dimensión religiosa que se atribuye al arte: la posibilidad de trascender, de ir más allá de lo superficial y alcanzar una comprensión más profunda de la realidad humana. Entonces, si el autor triunfa al darle forma a su materia narrativa, exorcizando los demonios tutelares de la realidad contra la que se da de cabeza cuando escribe, la escritura puede bendecir la vida misma, o mejor: sus prolongados silencios.

La violencia desde lo físicamente monstruoso

Este apartado trata el primero de los ejes a través de los cuales Ampuero construye el concepto de la violencia: la belleza al no cumplir los cánones estéticos occidentales se convierte en una fealdad literal, concreta, la mayor parte de las veces encarnada en seres teratológicos como yonquis, enanos, mujeres con anorexia o con sobrepeso, que acaban siendo marginados por el sistema y están en un constante intercambio de roles para decidir quién será el verdugo y quién será la víctima.

Edith es un relato que narra la historia de una mujer que se redescubre gracias al acto de convertirse en amante de un hombre mayor. El problema moral del cuento radica en que, mientras la mujer tiene sexo con su amante, su esposo viola a sus hijas. Una noche se lo dice a su amante y él la viste con cariño maternal y se va. Desde entonces ella ya no lo vuelve a ver. Una noche, la mujer ve a su esposo queriendo violar a las niñas y él mismo la ataca y la estrella con furia contra el suelo. Cuando la mujer vuelve en sí, se encuentra sobre un burro, con una mordaza en la boca, y rumbo al pueblo en donde vive. El marido le dice que no se dé la vuelta, pero ella no le hace caso y acaba asesinada. Su sangre, sin embargo, busca volver donde su amante. Al final, la narradora afirma: “la sangre de todo su cuerpo se iba cerro abajo, regresando, regresando”.

Ahora bien, tanto este relato como *Lorena* son exploraciones del sexo como el reencuentro con el útero materno, la preconciencia, el placer puro de no saberse mortal e imbécil. El sexo como una casa propia donde florecen geranios (Ampuero, 2021, p. 78). Es decir, el sexo como una conciencia materna que no es propiedad únicamente de las mujeres ni un concepto vaciado por algún hombre imbécil, sino una forma depurada del amor: la atención al otro y, por tanto, a uno mismo.

De esta manera, el ‘sexo’ en “Sacrificios humanos” resulta ser una batalla contra el mundo de afuera y/o el de puertas adentro. De aquí deriva el hecho de que, el sexo como la literatura necesitan perennizar la imagen de lo amado para crear otra realidad en la que sí podemos ser felices a plenitud, al menos, momentáneamente para imaginar. Ampuero escribe: “El sexo como todas las palabras que alguna vez quisimos decir y nos faltó el lenguaje” (Ampuero, 2021, p. 78).

El sexo se configura, así, como una manera de apropiarse del cuerpo. La respuesta para existir es el placer, y al encontrarlo el ser humano se ata más a la vida propia y a la del ser amado. Esto pasa porque sólo a través del sexo, en “Sacrificios humanos”, los personajes dejan de ser los papeles que les impone la sociedad, logrando ser, por un momento, un grito de éxtasis, un orgasmo prolongado, efímero, pero infinito.

En el orgasmo él decía su nombre: Edith. Era el único que la nombraba y renombraba con la lengua, con el sexo, con el gemido. Edith, Edith, Edith. Ya no era “la mujer de” ni “la madre de” ni “la hija de”. Era ese nombre que su amante decía durante el éxtasis y que la penetraba por todos lados. Era esa mujer que se llamaba Edith y por lo tanto existía (Ampuero, 2021, p. 78).

Hacia la mitad del relato se descubre que el marido de la mujer de Edith viola a las niñas. En tanto, el amante de la mujer la comprende y no la juzga, pero la abandona. Al final el marido intenta nuevamente violar a las niñas y ella en su intento de detenerlo es brutalmente agredida. El final del relato eleva toda una poética: la mujer que a través de sus gritos encontraba una nueva forma de sí, más libre y definitiva, tiene una mordaza en la boca. Está subida a un burro viejo, yendo hacia la muerte.

Esto conjuga el mito de Lot y Sodoma y Gomorra, destruidos porque Dios no iba a permitir que los hombres con las mujeres y, en especial, que los hombres con los hombres y que las mujeres con las mujeres, todos entreverados, gozaran sin descanso, y acaso descubrieran que Dios puede ser un orgasmo húmedo, una embestida furiosa que colma una

voluntad animal. El volador le dice a la mujer de Edith que no mire atrás, que en definitiva no vea a Dios, a “lo único vivo entre tanta muerte”, y ella, valiente como Sara, no hace caso y ve y es asesinada, pero la sangre va cerro abajo, “regresando, regresando”, al lugar donde amó y la vida cobró sentido.

La ‘violencia’ desde la interioridad monstruosa

En este segundo apartado Ampuero realiza el tratamiento literario de la violencia, ya no desde la fealdad física según los cánones estéticos convencionales, sino desde los valores que se centran en la denuncia de la violencia y la opresión, así como en la exploración de la identidad y la autenticidad en un contexto social latinoamericano, destacando la empatía y la solidaridad como elementos clave para la transformación social. A través de los cuales se construye un individuo y que más bien son escondidos detrás de un rostro o un cuerpo hermoso que, según la autora se define por su integridad, dignidad y autenticidad, reflejando la aceptación y valoración de uno mismo y de los demás sin adherirse a estándares externos predefinidos.

La autora explora las pulsiones más bajas latentes en la psique humana como: la violencia, el sadismo y la sumisión, a través de narrativas que desentrañan las complejidades del comportamiento humano en contextos extremos. Ampuero utiliza un enfoque introspectivo y descriptivo para examinar estas pulsiones desde una perspectiva sociopsicológica, ofreciendo una visión cruda y sin concesiones de la condición humana. Que a través de sus personajes, los mismos están dispuestos a explotar en cualquier momento.

La historia de Lorena y John: Ella es una chica latina dedicada a la peluquería. Un día, por complicidad de su mejor amiga, en una discoteca de los Estados Unidos, se enamora de un gringo quien le jura amor eterno, pero este personaje poco a poco va mostrándose tal como es: ¡un brutal violador y golpeador de mujeres! Lorena es atacada, bestialmente, por John, quien, en estado de embriaguez, la viola hasta hacerla sangrar “por todos sus orificios”. Hasta que una noche, harta de la situación, toma un cuchillo de la cocina... Aunque se suspende la narración, el lector sabe que se trata de una situación ocurrida en nuestro contexto social: el tristemente célebre caso de Lorena Bobbit, quien le cortó el pene a su esposo.

Recordemos que el relato está dedicado a Bobbit y reescrito en clave de ficción por Ampuero. La reflexión a la que lleva ‘Lorena’ es que, si bien el sexo puede ser una válvula de escape o un motor de lucha contra una realidad injusta, como: recibir golpes a diarios, humillaciones y agresiones. El sexo también puede irse debilitando hasta idealizarse como la única forma de autorrealización humana. Llegando al abandono absoluto. Así mismo sucede con otro tipo de actividades que si no existen maneras de canalizar las personalidades, los caracteres, nos queda la normalización de la violencia.

John me calienta como nadie en el mundo. Un hambre que se alimenta de hambre. Nuestra vida sexual es nuestra vida entera, nos sobra todo y todos, dejamos de ver televisión, de salir, de ver a la gente. Nos la pasamos cogiendo. Nunca un hombre me ha hecho sentir lo que me hace sentir mi gringo, mi John, qué

bestia, mi sueño americano con verga. (Ampuero, 2021, p. 82)

‘Lorena’ es el epítome de todas aquellas mujeres que, para liberarse de la sumisión y el abuso tienen al alcance únicamente la violencia, en un tiempo en donde no hay igualdad de oportunidades. Pero en donde sólo existe impunidad y silencio, la mejor respuesta es la literatura para preguntarse por qué sé es como es. Que el relato esté dedicado a Lorena Gallo, con su apellido de soltera, es una manera que la autora ha encontrado de reivindicar un dolor personalísimo y transferirlo a nosotros para ponernos en su lugar y comprenderla. Ser una misma persona a través del dolor ajeno.

María Fernanda Ampuero, la escritura del cuerpo

A lo largo del presente estudio ha quedado claro que el libro de relatos “Sacrificios humanos” hace de la escritura del cuerpo su estandarte, y a través de este, literaturiza, pero no ‘blanquea’ las condiciones violentas en las que se encuentran sumidas las mujeres de América Latina, tanto por su condición de mujeres inmigrantes, pertenecer a capas pobres de la sociedad o por no cumplir con los cánones estéticos convencionales.

De ahí la idea del *sacrificio* como un ritual que no solo fue el feudo privado de culturas prehispánicas, sino que también se practica en la contemporaneidad: como la acumulación de capital que lleva a los inmigrantes a entregarse a los brazos corrosivos del ídolo-dinero, o a la entrega que el hombre y la mujer, día a día, dan un poco de sí mismos para encajar en moldes ajenos, convirtiéndose en parásitos de otros, en títeres de otros, en monstruos de otros.

El *sacrificio* ritual de este tiempo es entregar la vida a un puñado de personas que establece el sentido del amor, de la economía, de la religión y la moral. Ante esto, la única respuesta para contrariar el destino social es comenzar a habitar el propio cuerpo. Este acto no solo implica la toma de conciencia de nuestra existencia física, sino también un rechazo a la alienación impuesta por las estructuras sociales dominantes. Al habitar nuestros cuerpos, nos empoderamos para cuestionar y resistir las normas y valores impuestos desde fuera. Se trata de un retorno a nuestra propia individualidad, una búsqueda de autenticidad y una afirmación de nuestra dignidad como seres humanos libres. La batalla es ardua porque implica naturalizar hasta las más íntimas pasiones en un entorno hostil. Sin embargo, en ese acto violento, el sistema produce sus propios enemigos: haciendo de la mujer un ser rebelde que ha pasado a ocupar, calladamente, el rincón de una cocina a establecer el cauce de la literatura de hoy.

La escritura del *cuerpo* ha implicado para Ampuero mostrar los entresijos podridos de la vida urbana que, como resultado de la globalización, ha ido acumulando periferias y violencias que Ampuero visibiliza, hace concretas y les da una voz, con tal fuerza, que crea un lenguaje propio. Lenguaje que pone al límite las experiencias propias, inscribiéndolas en un plano mucho más amplio, planteando inevitablemente una literatura profundamente política: encontrar *una voz* para los silencios históricos que Ampuero llena con ficción, entregando, además, un rostro humano, un rostro de mujer, que, hasta entonces eran apenas titulares de crónica roja o chismes de pasillo.

La cultura femenina encuentra sus propios mecanismos de expresión y subsistencia, creándose, en todo caso, una escritura femenina *sui generis*, puesto que en ella se evidencian dos voces: la de la tradición masculina y, de manera simultánea, la de la tradición femenina, oculta ante la corriente principal. De esta forma, la diferencia de la escritura femenina sólo puede ser entendida en términos de la relación cultural compleja que está enraizada en la historia. La estructura dominante, por lo tanto, determina en muchas ocasiones a las estructuras silenciadas; sin embargo, aún por medio de las primeras, las segundas pueden manifestar de manera directa su experiencia tanto política como social y económica (Vivero y Cándida, 2008, p. 69).

El texto literario, cuando es producido por mujeres, se vuelve inherentemente político, una carga que la sociedad tiende a percibir, aunque las escritoras no lo reconozcan explícitamente. Esta peculiaridad surge del hecho de que, en su esencia misma, el texto se convierte en una demanda de reconocimiento y espacio dentro del panorama literario y social. Además, esta complejidad se amplifica al considerar que el cuerpo está impregnado de marcadores identitarios definidos por la etnia, la religión, la geopolítica, el género y la edad. Esta intersección de factores resalta la intrincada red de experiencias individuales y colectivas que moldean nuestras narrativas y comprensiones del mundo.

El trato dado a la realidad social a través de la literatura permite mantener una relación muy específica con el mundo, al ofrecer una ventana única hacia la comprensión de la realidad social. A través de la narrativa, los lectores pueden explorar y reflexionar sobre diferentes perspectivas, experiencias y desafíos que enfrenta la sociedad, lo que les permite profundizar su comprensión sobre el mundo y, en muchos casos, inspirar acciones para el cambio y la transformación. Ampuero, por su parte, lo mira con terror, y es a través de esta emoción que pone en un plano terrenal las pesadillas presentes no en los sueños sino en la realidad. Están ahí, al doblar la esquina o entrando ahora mismo por la puerta de enfrente. Precisamente, en ese pesimismo la literatura de Ampuero encuentra su vitalidad. Su denuncia es frontal a través de una palabra, que nunca más será callada.

DISCUSIÓN

El libro “Sacrificios humanos” de María Fernanda Ampuero reúne relatos atravesados por el concepto cuerpo como símbolo de violencia y monstruosidad, relatos que están protagonizados por mujeres violentadas, doblemente, tanto por su condición de mujeres o por reunir otro tipo de características marcadas por los prejuicios, como ser migrante, por ejemplo. Ampuero profundiza en la exploración de otras condiciones disidentes que rodean al cuerpo, como el asco, la repugnancia y el rechazo hacia aquellos que son percibidos como «diferentes» debido a su apariencia o afecciones físicas. Estas representaciones destacan cómo el cuerpo, cuando se desvía de las normas sociales establecidas, puede convertirse en objeto de marginación y exclusión.

Para comprender el concepto *cuerpo*, el presente estudio inventarió cómo este ha sido concebido, partiendo desde la acepción platónica que privilegia el alma y desprecia la carne, hasta la ruptura que provoca la filosofía ‘a martillazos de Nietzsche’ que abre toda una corriente de pensamiento en torno al cuerpo como ente político, hasta llegar a Jean-Luc

Nancy, poseedor de una visión que mira a la escritura como una suerte de tatuaje corporal.

El análisis del machismo en relación con el cuerpo femenino es fundamental para comprender la violencia de género presente en la sociedad. El machismo se manifiesta de diversas formas, desde la objetivación del cuerpo de la mujer hasta la normalización de la violencia en su contra. Esta realidad se hace evidente en las declaraciones de críticos como Wilfrido Corral, quien, al expresarse en medios de comunicación, revela un discurso impregnado de prejuicios arraigados en el imaginario social ecuatoriano. Sus comentarios sugieren una desvalorización de la literatura escrita por mujeres, insinuando que esta solo logra reconocimiento internacional al seguir tendencias como el feminismo y la autoficción, mientras que sería ignorada si fuera publicada por editoriales locales. Esta actitud subraya la persistencia del machismo en el ámbito literario y refleja las barreras que enfrentan las escritoras para obtener reconocimiento y respeto en una sociedad profundamente patriarcal.

Tras la revisión de importantes estudios críticos, se confirma que la literatura nacional está en buen camino debido a su capacidad para abordar temáticas universales desde perspectivas diversas y auténticas. Estas obras ofrecen una mirada única sobre la condición humana, enriqueciendo el panorama literario global con narrativas que exploran la identidad, la resistencia y las luchas sociales desde una óptica crítica, utilizando el cuerpo como mensaje final.

El lenguaje femenino resultante del análisis de estas obras literarias, que reflejan una realidad aplastante contra todo lo que significa ser mujer, permite a sus autoras abordar el mundo sin tapujos, tanto en su personalidad como en sus voces en la vida real, eliminando así las máscaras sociales. Por ejemplo, Ampuero representa de manera cruda y directa la violencia ejercida sobre los cuerpos femeninos, desafiando así los tabúes y las normas de silencio que rodean este tema en la sociedad. Esta representación sin censura del cuerpo femenino violentado contribuye a visibilizar y confrontar la brutalidad que enfrentan las mujeres en su vida cotidiana, promoviendo así un diálogo abierto sobre la violencia de género y sus implicaciones sociales.

Todo esto provoca en el lector una incomodidad que refleja la realidad diaria. Esta incomodidad es directamente proporcional a los prejuicios de la nación de la que proviene esta literatura, que busca negar y rehacer literariamente esos prejuicios. La voz femenina deja de reproducir una realidad demasiado manoseada y llena de lugares comunes, como también se demuestra en la literatura contemporánea escrita por mujeres ecuatorianas como Mónica Ojeda, Daniela Alcívar Bellolio, Gabriela Ponce, y Natalia García Freire, entre muchas otras.

Por ejemplo, en el ámbito político, el cuerpo se convierte en un terreno de lucha por el poder y el control. La imposición de normas y regulaciones sobre el cuerpo, ya sea a través de leyes restrictivas o políticas discriminatorias, ejerce una violencia estructural que afecta a individuos y comunidades enteras. La instrumentalización del cuerpo como medio para perpetuar agendas políticas contribuye a la opresión y marginalización de ciertos grupos, creando divisiones y conflictos en la sociedad.

En el contexto religioso, el cuerpo adquiere un significado simbólico profundo. Las prácticas religiosas que involucran sacrificios humanos, como se retrata en la obra de

Ampuero, ilustran cómo la fe puede ser manipulada para justificar actos atroces. La cosificación del cuerpo en rituales de sacrificio refleja una relación compleja entre lo sagrado y lo profano, donde la veneración de lo divino puede conducir a la degradación y deshumanización del individuo.

En el ámbito social, el cuerpo se convierte en un campo de batalla en la lucha por el reconocimiento y la inclusión. Los estándares de belleza impuestos por la sociedad generan presiones y expectativas irreales que pueden llevar a la alienación y a una autoestima deteriorada. Además, la objetificación del cuerpo, especialmente de ciertos grupos marginados, refuerza dinámicas de poder desiguales y perpetúa estereotipos dañinos.

Con esos antecedentes, el análisis de "Sacrificios humanos" encuentra una división temática entre los relatos que tratan la violencia desde los seres físicamente atractivos, que usan su belleza como una máscara para llevar a cabo sus pulsiones más bajas, y los seres teratológicos, quienes, en cambio, son marginados.

En ambos ejes (violencia y monstruosidad), la mujer es heroína y antagonista de sí misma. Sin embargo, en medio de esas contradicciones interiores de heroínas y antagonistas, provocadas por las configuraciones sociales basadas en un modelo patriarcal, sobresale la ciudad como símbolo de la promesa fallida de la modernidad. La ciudad se convierte en una auténtica antagonista de cada uno de los personajes, quienes entran y salen de este gran teatro del mundo, aullando de dolor sin saber si en algún momento alguien contestará ese alarido.

No obstante, esa respuesta es verbalizada a través de la escritura de Ampuero, quien, mediante la denuncia y la poetización del material real del que parte, conjura los fantasmas de sus personajes e interpela al lector. Esto nos muestra que los sacrificios humanos de la contemporaneidad están frente a nosotros. Entonces, el lector cae con los ojos abiertos junto a los personajes por la garganta negra del abismo profundo.

Este estudio no pretende agotar los múltiples significados sobre el concepto de cuerpo identificados en la obra "Sacrificios humanos" de María Fernanda Ampuero, sino dejar claro que el eje temático del cuerpo como símbolo de violencia y monstruosidad gira en torno a una postura política de la autora. Esta postura no se alinea con la izquierda ni con la derecha, sino con la radicalidad de lo que significa encontrar una voz y, por tanto, un lugar como mujer en medio, no solo de la literatura, sino del mundo literario ecuatoriano lastrado de prejuicios.

En ese sentido, futuros estudios podrían abordar la obra de otras escritoras ecuatorianas como Mónica Ojeda, Daniela Alcívar Bellolio, Gabriela Ponce y Natalia García Freire, así como de generaciones pasadas como Sonia Manzano, Lupe Rumazo y Alicia Yáñez Cossío. Estos estudios permitirían comprender holísticamente el universo de las escritoras ecuatorianas y arrojar luz sobre los atávicos prejuicios machistas del país, proyectándolos en el presente para entender mejor por qué se es como se es.

Asimismo, el estudio podría inventariar la construcción de un canon literario casi exclusivamente elaborado por un segmento social y por autores hombres, tema que podría ser tratado con mayor profundidad en posteriores estudios. Esto permitiría reflexionar sobre el pensamiento de la crítica ecuatoriana y bajo qué criterios se incluía a ciertos autores.

Por otro lado, el tema del cuerpo como símbolo de la violencia y la monstruosidad no solo deja su huella en este libro de Ampuero, sino también en la obra general de las escritoras contemporáneas. En síntesis, ellas usan este símbolo para reflexionar sobre el espacio que ocupan las mujeres en sus respectivas sociedades, destacando la infancia como un reino de horror que preludia la impunidad y la indiferencia.

A través de los graves conflictos sociales provocados por la misoginia, la homofobia, el racismo y la xenofobia, Ampuero construye atmósferas ominosas y personajes generalmente femeninos, problematizados por el mero hecho de existir. Estos personajes, al intentar sobrevivir en un mundo bárbaro, a menudo encuentran la muerte. Los cuentos, con finales siempre abiertos, deben ser completados por el lector como un ejercicio contra la propia realidad que permite y reproduce la impunidad. La imaginación también permite vislumbrar hacia dónde va la humanidad.

En conclusión, la obra de Ampuero, y en particular "Sacrificios humanos", utiliza el cuerpo como un potente símbolo de la violencia y la monstruosidad inherentes a la sociedad. Este simbolismo no solo cuestiona la brutalidad a la que están sometidas las mujeres, sino que también invita a una reflexión más amplia sobre la condición humana. Al final, es a través del cuerpo y su representación que Ampuero nos confronta con las realidades más oscuras de nuestra existencia, proponiendo una crítica profunda y necesaria a los sistemas de opresión que continúan vigentes.

BIBLIOGRAFÍA

- Ampuero, M. F. (16 de Marzo de 2021). María Fernanda Ampuero aborda el dolor humano en los relatos de terror «Sacrificios humanos». (efeminista.com, Entrevistador)
- Ampuero, M. F. (2021). *Sacrificios humanos*. Madrid: Páginas de espuma.
- Astacio, M. (2001). ¿Qué es un cuerpo? *A Parte Rei* 14, 1-4.
- Bonilla, A. F. (23 de Marzo de 2022). *Sacrificios humanos, de María Fernanda Ampuero*. Obtenido de Letralia. Tierra de letras: <https://bit.ly/3lh4EtK>
- Carrión, C. E. (2002). Prólogo. En A. Noriega, *De que nada se sabe* (págs. 1-13). Quito: Alfaguara.
- Española, R. A. (2021). *Definición de cuerpo*. Obtenido de Real Academia de la Lengua Española: <https://dle.rae.es/cuerpo>
- Gómez, J. F. (4 de Noviembre de 2021). *Una mirada a "Sacrificios humanos", el nuevo libro de la escritora María Fernanda Ampuero*. Obtenido de ElPaís.com.co: <https://bit.ly/3liOq3g>
- Gómez, J., & Sastre, A. (Junio de 2008). En torno al concepto de cuerpo desde algunos pensadores occidentales. *Hallazgos*, 119-131. Obtenido de Hallazos - Investigaciones autofinanciadas.
- Munch, L., & Ángeles, E. (2014). *Métodos y técnicas de investigación*. México: Trillas.
- Nietzsche, F. (2010). *Así habló Zaratustra*. Lima: Fondo Editorial Cultura Peruana.
- Ojeda, M. (2016). *Nefando*. Barcelona: Candaya. Ojeda, M. (2018). *El Tentáculo. Cartón Piedra*, 18-19.
- Páramo, V. (2012). El eterno dualismo antropológico alma-cuerpo: ¿roto por Laín? *Thémata. Revista de Filosofía*, 563-569.
- Prósperi, G. O. (2018). El cuerpo en la filosofía de Michel Foucault. En A. Campagnoli, & M. Ferrari, *Cuerpo, identidad, sujeto: perspectivas filosóficas para entender la corporalidad* (págs. 154-174). La Plata: Edulp.
- Redacción. (2019). Wilfrido Corral, crítico literario: "Muchos escriben sin ver al pasado". *El Comercio*.

- Redacción. (25 de Julio de 2021). *El horror de todos los días*.
Obtenido de Diario de Sevilla : <https://bit.ly/3ljn0di>
- Rodríguez, A. (Junio de 2021). *Sacrificios humanos, de María Fernanda Ampuero. Sobre las ruinas de lo siniestro*.
Obtenido de Revista de la Universidad de México:
<https://bit.ly/3wtiI9X>
- Valencia, L. (Octubre de 2021). Entrevista a Leonardo Valencia. (R. D. Buitrón, & C. Espinoza Parra, Entrevistadores)
- Vivero, M., & Cándida, E. (2008). El cuerpo como paradigma teórico en la literatura . *Revista de Estudios de Género. La ventana.* , 56-83.